

SANTA TERESA DE JESUS.

HUMILDAD DE CORAZON DE SANTA TERESA DE JESUS.

I.

Siempre te imagina sierva de todos, y en todos considera a Cristo nuestro Señor.

(Santa Teresa de Jesús, Aviso 25).

Vamos á entrar en el exámen del segundo grado de humildad, ó sea de la humildad de corazon, la mas perfecta y que mejor resplandeci6 en nuestra Santa. Mucho mas perfectos, ó á lo menos meritorios, son los actos de la voluntad que los del entendimiento. Por esto Jesucristo, modelo de humildad perfectisima, nos convida á ser humildes de corazon. De nada nos serviria conocernos pecadores, pobres, desnudos de toda virtud, impotentes para todo lo bueno, merecedores de castigo y de todo desprecio, si nuestra voluntad no amase ó no se conformase cuando menos con este juicio. ¿Cuántos hay por desgracia que se conocen pecadores y no quieren reconocerse por tales? Pues ¿quién habrá tan mentecato que no vea que de sí nada tiene de bueno en el órden sobrenatural? ¿Quién no ha confesado mil veces la verdad de la pregunta que san Pablo dirige al orgulloso: ¿Qué tienes que no lo hayas recibido? y no obstante ¡cuán pocos hay que sean humildes de corazon como nos manda el Señor! Digamos, pues, en qué consiste esta humildad, para ver como la posey6 en grado her6ico nuestra querida santa Teresa de Jesús, y confundirnos y alentarnos con su ejemplo.

La humildad de voluntad consiste en desear ser despreciado de otros y complacerse en los mismos desprecios. Tiene tres grados esta humildad, segun enseña el melifluo san Bernardo. El primer grado consiste en no querer mandar; el segundo en querer estar sujeto á otros; y el tercero en sufrir con igualdad de ánimo todas las injurias y afrentas que se le hagan en la misma sujecion. Esta es la humildad perfecta, la virtud que atrae todas las bendiciones del cielo, la que hace al hombre superior á sí mismo y á todo lo criado, la que vence

las resistencias que puede tener el corazón de Cristo Jesús para dispensarnos toda clase de gracias; la que en fin eleva el alma sobre todas las miserias y ruindades, y la convierte en discípula muy amada de Aquel que dijo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.»

El primer grado de la humildad de corazón consiste en no querer mandar. Quien se juzga por vil escoria y nada, quien se reconoce digno por sus pecados de estar bajo los pies de Lucifer, y ser hollado eternamente por este capitán de los soberbios, lo que menos puede apetecer en descuento de sus soberbias es no querer mandar, no querer con esta distinción y honra elevarse sobre sus hermanos, y ser tratado con cierto respeto y consideración. El que es y se juzga peor de todos, como á los Santos acontecía, no querrá holgarse en aparecer superior á uno solo. Además de que no hay el menor peligro en posponerse á todos y juzgarlos superiores á nosotros, y si lo hay y grande en reputarse á uno tan solo superior. Cuando entramos por baja y pequeña puerta, no es inconveniente ni hay peligro en abajaros algunos palmos mas de lo que exige su altura; pero si es peligroso y podrá causaros no leve daño, si quereis penetrar con la frente erguida elevándoos sobre el dintel, aunque no sea mas que un dedo. Daréis con la cabeza contra el dintel, y os lastimaréis en este caso no poco. De este peligro nos libra el primer grado de la humildad de corazón, que dispone nuestra voluntad de suerte que no codicia mandar ó mostrarse superior á uno siquiera de nuestros hermanos. Además nos proporciona ya este grado y nos da á gustar las delicias de la paz del alma. Como en el mundo y en el batallar de la vida las contiendas siempre ó casi siempre traen su origen, como dice la humilde Teresa de Jesús, de los negros puntillos de honra y de ambición, el que posee este primer grado de humildad, ajeno su corazón y superior á estas miserias, no le perturban, porque no le alcanzan. Semejantes á los elevados montes ó firmes rocas en medio del océano que ven formarse bajo su cumbre las tempestades y estrellarse las olas á sus pies sin que la sacudida les llegue, ni les acarree inquietud, viven los humildes de corazón en la región serena y tranquila del amor á su propio conocimiento y bajeza, compadeciendo las miserias en que se hallan aprisionados los soberbios. Entre los soberbios, ha dicho el Espíritu Santo (1), siempre hay discordias y querellas; mas el humilde mora en la mansión de la paz. ¡Oh! ¡si comprendiésemos nuestros verdaderos intereses! Todos ambicionaríamos el último lugar, y la concordia y felicidad reinaria siempre en nuestro corazón. Mas ¡ay! huimos de la humillación como del mal mas temible, y por ello nunca llegamos á

(1) Prov. XIII. *obispo el obol á y oman la a roique ordinal la ssa*

ser humildes de corazón, y vivimos intranquilos, en perpétuo disgusto y desazon.

Oigamos una de las pláticas mas admirables que salir puede de boca de un corazón humilde, y nos convenceremos de esta verdad. Quizás tan hermoso ejemplo, practicado por persona á quien tanto amamos, nos moverá á querer no mandar á nadie y adquirir con esto el primer grado de la humildad de corazón. Es de nuestra adorada Madre Teresa de Jesús cuando la obediencia la forzó á tomar el cargo de Priora en el monasterio de la Encarnacion de Avila, después de haber abrazado la regla primitiva de la Descalcez. Estaban las monjas Calzadas un tanto recelosas del régimen de santa Teresa de Jesús, ya porque el P. Pedro Fernandez de la Orden de santo Domingo, nombrado Visitador por el papa Pío V, les nombró Priora á la Santa sin su consentimiento, ya porque habia salido siendo súbdita y ahora volvía superiora, ya en fin por temer que fuese riguroso su gobierno y estrecho, profesando el primitivo rigor de la Regla del Carmen. Mas nuestra humilde Santa desarmólas á todas al colocar en la silla prioral una imagen de bulto de Nuestra Señora, y sentada á sus piés, expresarles su humildad y su deseo de no querer mandar, con la discreta y prudentísima plática que copiamos íntegra, dejando para otra ocasion el admirar tanta humildad y profunda sabiduría. Saboreen entre tanto nuestros lectores las bellezas y dulzuras de tan acabado modelo en el arte de gobernar y ganar corazones, y aprendamos todos á ser humildes de corazón como lo fué la gran santa Teresa de Jesús. Dijo así la humilde Teresa de Jesús:

«Señoras, madres y hermanas mias: Nuestro Señor, por medio de la obediencia, me ha enviado á esta casa, para hacer este oficio, de que estaba yo descuidada, cuán lejos de merecerlo.

«Hame dado mucha pena esta eleccion, así por haberme puesto en cosa que yo no sabré hacer, como porque á vuestras mercedes les hayan quitado la mano que tenian para hacer sus elecciones, y les hayan dado priora contra su voluntad y gusto, y priora que haria harto si acertase á aprender de la menor que aqui está, lo mucho bueno que tiene.

«Solo vengo para servirlas y regalarlas en todo lo que yo pudiere; y á esto espero que me ha de ayudar mucho el Señor. Que en lo demás cualquiera me puede enseñar y reformarme. Por eso vean, señoras mias, lo que yo puedo hacer por cualquiera; aunque sea dar la sangre y la vida, lo haré de muy buena voluntad.

«Hija soy desta casa, y hermana de todas vuestras mercedes. De todas, ó de la mayor parte, conozco la condicion y las necesidades; no hay para que se extrañen de quien es tan propia suya.

«No teman mi gobierno, que aunque hasta aquí he vivido y gobernado entre Descalzas, sé bien, por la bondad del Señor, cómo se han de gobernar las que no lo son. Mi deseo es que sirvamos todas al Señor con suavidad; y eso poco que nos manda nuestra regla y constituciones lo hagamos por amor de aquel Señor á quien tanto debemos. Bien conozco nuestra flaqueza, que es grande; pero ya que aquí llegamos con las obras, lleguemos con los deseos; que piadoso es el Señor, y hará que poco á poco las obras iguallen con la intencion y deseo.»—
Teresa de Jesús.

LA VIDA ESCONDIDA CON CRISTO EN DIOS.

Haciendo fuerza imponderable sobre el espíritu las disipaciones del siglo han llegado á comprimir el vuelo de mil almas generosas contenidas en su celo, á causa de haberse hecho vulgar el imperio del materialismo.

No entiende el mundo de vida oculta en Cristo Jesús, y solo aplaude lo bueno cuando se traduce y puede aplicarse á beneficios sensibles. Así es que los oradores y apologistas modernos, sin duda para hacerse oír de los hombres mundanos, tratan de ordinario las cosas de religion en cuanto se refieren á la vida pública y material de los pueblos, sin cuidarse muchas veces de celebrar la santidad de los hijos ilustres de la Iglesia, considerando, por ejemplo, á santo Domingo de Guzman, á san Francisco de Asis, á san Ignacio de Loyola y á san Vicente de Paul como viajeros curiosos, como hombres simplemente benéficos y en concepto de peregrinos laboriosos, bienhechores de la humanidad.

De este modo dan un tinte de materialismo á la santidad misma que sabe esconder con Cristo en Dios todo lo que es mundano, sin por ello dejar de ser provechosa á las naciones la justicia aun recatada de los Santos.

Debe cuidarse mucho no prescindir de lo principal cuando se celebra lo que en verdad es digno de alabanza. Y si los que oyen ó leen no tienen educado el oído para escuchar cosas concernientes al espíritu, es preciso formarlos de tal manera que admita sin extrañeza y acepte sin repugnancia la doctrina que dirige á las almas hácia la única cosa necesaria, que justamente es la meditacion de las verdades eternas. María eligió la mejor parte, no obstante ser buenos los afanes de Marta.

Enaltecer á los Santos únicamente por lo que tuvieron de famosos en sus fundaciones benéficas, en sus viajes de rescate y en sus trabajos de vestir al desnudo, de cultivar las tierras desecando pantanos y allanando montes, equivaldria á relegar de la celebridad y del teatro de los buenos ejemplos á miles de bienaventurados que, escondiendo en Cristo una vida de altos merecimientos y de costosos sacrificios, gozan en Dios vida perdurable, cuyos pasos y caminos deben ser conocidos de los fieles cristianos á fin de que adoren al Señor, admirable en sus amantes Siervos.

Peligro no escaso envuelve la predicacion exclusiva de las hazañas llevadas á cabo por los Santos, como quiera que se aparta de la atencion de los oyentes lo que es principal en la historia de los escogidos, á saber: la santidad y la pureza, que si bien son compatibles con una vida exterior y laboriosa, no todos son llamados á difundirse y multiplicarse entre los hombres. Los mismos que son movidos por el Espiritu de Dios á insignes conquistas, todo saben referirlo á gloria del Señor.

Celebra la santa Iglesia la alteza de los anacoretas, la de los sencillos y humildes de corazon é ignorados del mundo, y cerca del Señor hay muy felices cortesanos del recato mas delicado y de la mas sincera modestia, los cuales sirvieron á Dios en espiritu de humildad con ánimo contrito.

San Juan de Dios y santo Tomás de Villanueva cuidando de los pobres; santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz emulando en santas fundaciones y en ejemplares reformas, sepultaban en las moradas de la contemplacion toda la fama de sus trabajos pasados por Cristo, y hacian de modo que las gracias de sus talentos resplandecieran mas en el buen olor de la santidad que en la forma de sus discursos. Muriendo porque no moria, la discreta Doctora parecia tomar de san Pablo el *Cupio dissolvi et esse cum Christo*. (Philip. 1, 23). Cristo era el vivir del Apóstol, y morir su ganancia. (Philip. 1, 21). A todos queria esconderlos en las entrañas de Cristo. *Testis est mihi Deus, quomodo cupiam Vos in visceribus Christi*. (Philip. 1, 8; Galat. II, 20; IV, 19). Deseaba formarlos en Cristo, dándolos de nuevo á luz.

Tales ejemplos de santa emulacion eran estimulo poderoso que movia los corazones por medio de resortes misteriosos, tan suaves y eficaces á un tiempo que, confesando cada uno lo que en lenguaje de humillacion se llamaba miserias y ruindades, en todo aparecia la gloria de Dios, obrador, en ánimos dóciles, de grandes maravillas. Eran como una potencia de alcance incalculable aquellas docilidades, señal de que amaban obedeciendo, y de que obedeciendo á la voluntad de Dios iban por el camino de los aciertos en el merecer. Sin hablar de

razon, en todo se mostraban razonables, y reconociéndose flacos venían sin ruido ni ostentacion á enemigos formidables.

Los reyes mas atrevidos y disipados, los emperadores ciegos de poder y de ambicion, los astutos politicos y los pèrfidos cortesanos, fueron mas de una vez advertidos por la sencilla palabra de los Siervos de Dios, y á estos se debe que cesaran muchas calamidades, y se aplacara la ira de mil desaforados ministros. Allí dondè no llegaban la reflexion y el consejo de los sábios se hacia oír el aviso de los Santos, quienes encontraban en los senos ocultos del amor de Dios la fórmula de mover á pesares y á contriciones los ánimos disipados en vana gloria de dominacion y de conquistas.

Nada es capaz de contener el celo de los Santos. Aman con ardor la verdad, la predicán con vehemencia y la difunden persuadiendo mas con el ejemplo que de palabra, sin embargo de ser incansables en la tarea de instruir, y vivos con viveza de fuego en las fatigas de espíritu. Aprendieron estas artes en la escuela de Cristo, y de la doctrina santa del Evangelio tomaron trazas para iluminar á ciegos y convertir pecadores. *Ne sit mihi ad iudicium*, dice el libro precioso de la IMITACION DE CRISTO, *verbum auditum et non factum, cognitum et non amatum, creditum et non servatum.* (Lib. III, c. 2). Al contrario los predicadores asalariados: mueven el cielo y la tierra por lograr puestos de honra y provecho mundanos, y no levantan un pié en busca de la vida eterna. *Pro modica præbenda via longa curritur: pro æterna vita a multis vix pes semel a terra levatur.* (Id. ib., c. 3). ¡Precio vil ardentemente estimado por almas disipadas! Así vienen sobre la sociedad males de origen desconocido, calamidades insoportables y angustias que de improviso abaten el ánimo. *Veniet super te malum, et nescies ortum ejus: et irruet super te calamitas, quam non poteris expiare: veniet super te repente miseria, quam nescies.* (Isai. vii, 11).

Lo peregrino es que haya extrañeza y se padezca sorpresa cuando vienen sobre los pueblos determinados males. ¡Pues qué! ¿No ha de traerlos el desorden de la vida? ¿No ha de llamarlos el pecado? Por ventura ¿cuándo no sufrió humillacion la soberbia? ¿Y cuándo no fué abatido el orgullo? En los providenciales llamamientos son desheredados los pueblos ingratos, y sucede que las naciones apartadas concurren al convite. Para ellas es la heredad del Padre de familias. *Quia ventum seminabunt, et turbinem metent... Arastis impietatem, iniquitatem meruistis* (Oseæ, viii, 7, et x, 13), se ha escrito de las vanidades y prevaricaciones humanas, como está escrito que el Señor llamará pueblo suyo al que todavia no lo es, y amado al que no lo es, y habrá misericordia para los que no la obtuvieron. *Vocabo non plebem meam, plebem meam: et non dilectam, dilectam: et non misericordiam consecutam, misericordiam consecutam.* (Rom. ix, 25).

En esta economía de la providencia de Dios y de sus adorables misericordias encuentra motivos de saludable temor y de celestial consuelo quien oye dócil y se muestra obediente á la ley del Señor; pues llamándonos á conocer su admirable luz *in admirabile lumen suum* (I Pet. II, 9), hizonos hijos, por la gracia y méritos infinitos de Jesucristo, de un Padre, rey de los siglos, inmortal é invisible. *Non qui filii carnis, hi filii Dei.* (Rom. IX, 8). No solo pertenecen los cristianos al pueblo de Dios, sino que herederos de las promesas por gracia del Evangelio, son hijos de Dios vivo. *Attende dignitatem Evangelii: non enim solum facit homines de plebe et populo Dei, hoc enim lex faciebat, sed filios Dei vivi.* (Tolet. Comment. et Annot. in Epist. B. Pauli Apóst. ad Rom., c. IX). Allí donde se dijo: «No sois mi pueblo,» se dice por gracia de Jesucristo: «Estos son mis hijos, aquí están mis hijos.» *Et erit: in loco ubi dicitur eis: Non populus meus vos; dicitur eis: Filius Dei viventis.* (Oseæ, I, 10; Rom. IX, 26). Es un modo de perpétua resurreccion la vida en Cristo. *Quasi morientes, et ecce vivimus.* (II Cor. VI, 9).

De acuerdo con esta doctrina se poblaron los desiertos, y la fuga de los siervos de Dios creó cristiandades en lo sombrío de los bosques. Son premios á la soledad y al retiro las ideas elevadas; y la muerte al mundo buscando en la pasion de Jesús vida de trabajos y humillaciones ha dejado en la sociedad gérmenes de admirables acciones. Basta un cuadro que represente la vida de los amigos de Cristo para levantar el espíritu de los pueblos dormidos. Desde que se pinta lo material sin mas atractivo que la exactitud en el dibujo y la perfeccion en los contornos, se va perdiendo la energia del pensamiento, decae el ánimo, el vuelo sin tasa ni medida del espíritu da en el abatimiento, y el gusto espiritual de elevaciones misteriosas se disipa en el ruido del mundo. Los ingenios que llegan á prendarse de lo simétrico y lineal llegan á incapacitarse para emprender acciones heroicas. Lo sobrenatural requiere principalmente estudio de humildad donde se aprende el modo de sepultarse con Cristo en muerte voluntaria. *Mortui enim estis, et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo.* (Coloss. III, 9).

Marzo, 5 de 1874.

‡ EL OBISPO DE JAEN.

UN DIA DE GRANDE ALEGRÍA

PARA NUESTRA QUERIDA MADRE SANTA TERESA DE JESÚS.

Es cosa de todos sabida que nuestra seráfica Doctora con sus escritos y ejemplos fué el apóstol que mas trabajó por extender la devoción á san José; de suerte que no ha reparado un piadoso autor extranjero en apellidarla la Benjamina y Secretaria de san José. Nada deseaba tanto la ilustre Castellana como ver obsequiado al santo Patriarca, y que su fiesta fuese muy solemne con luces, flores y adornos. La Santa vió en vida satisfechos en parte sus deseos, porque muchas almas, especialmente sus hijas, tomaron con gran empeño honrar á san José y profesarle especial devoción. Pero hasta nuestros dias no han quedado satisfechos plenamente los deseos de nuestra distinguida Josefina. Hoy que todo el mundo es devoto de san José, como lo prueban tantos obsequios que se le tributan, el corazón de nuestra Santa debe haber quedado satisfecho. Hoy que con toda verdad puede afirmarse que no hay ciudad, villa, ni aldea, ni casa, ni familia, ni individuo cristiano, si lo es mas que de nombre, que no profese especial amor al Santo bendito, Teresa de Jesús desde el cielo debe experimentar un gozo y gloria nueva accidental, contemplando coronados sus desvelos de un éxito el mas feliz.

Esto pensábamos el dia de nuestro Santo al contemplar á nuestro ilustre Prelado rodeado de inmenso número de hijos, arrodillados todos delante la imagen agraciada del santo Artesano de Nazaret. Al ver la espaciosa iglesia del Seminario atestada de fieles y la bellissima imagen de nuestra Santa, que ya conocen nuestros lectores, colocada al lado de la de san José, nuestro corazón experimentó desusada alegría, y no pudimos menos de felicitar con toda nuestra alma á tal Hija y á tal Padre que en el cielo se ven y se aman, y gozan de una misma gloria y felicidad. Tortosa acreditó una vez mas que es ciudad que ama á san José con pasión, pues sus hijos de toda clase y condicion acudieron presurosos durante la novena á honrar al mas honrado de los mortales, y hasta los niños y niñas, en número de algunos centenares, todos los dias hacíanle una novena al Santo amator de la niñez, rezándole y cantándole y confesándose para merecer ser oídos en las súplicas que le dirigian por Pio IX y España. Y lo que se hizo en Tortosa se hizo en toda España, en Francia, Inglaterra, Bélgica, Italia, en toda la Europa, en fin, y países en que se adora por Dios al que san José

llamó su Hijo. Haga el Señor Jesús, en atención á los méritos y súplicas de su Padre adoptivo san José, para gloria de su nombre y de nuestra ilustre Josefina Teresa de Jesús, que pronto, pronto disfrute la Iglesia de paz; empezando por nuestra España, la que sin disputa mas honra al Santo sin igual, la restauracion del reinado social de Jesucristo en la católica Europa.—E.

ESPECTÁCULO ADMIRABLE.

Vamos á dedicar unas breves lineas al que podemos llamar hermosísimo fruto de bendicion, que ha producido en nuestra ciudad la celestial semilla del espíritu de Teresa de Jesús, sembrada, como en fértil campo, en el corazon de la generosa juventud.

La numerosa asociacion de Jóvenes católicas de Tortosa acaba de dar una magnífica muestra de lo mucho que la sociedad cristiana puede prometerse de tan oportuna Asociacion; de lo bien que sabe corresponder á los amorosos designios que el Señor tiene sobre ella formados, y, finalmente, de la verdad y justicia con que honrarse pueden sus asociadas con el noble titulo de hijas de Teresa de Jesús.

Apenas el Vicedirector indicó á las expresadas jóvenes la oportunidad de los ejercicios espirituales prevenidos en el Reglamento, cuando todas ellas, con visibles muestras de satisfaccion y hasta poseidas de un piadoso entusiasmo, parece que en nada ya pensaban y de otra cosa no acertaban á hablar que de la manera de dar comienzo á los verdaderamente deseados ejercicios.

Ellos se empezaron el dia 28 del pasado marzo, en el mismo dia y hora en que nació la seráfica Doctora (¡ rara coincidencia é impensada!), concluyéndose con la Comunion general que tuvo lugar el dia 2 de abril, festividad del Jueves Santo. A fin de que los ejercicios pudiesen ser hechos por todas ó casi todas las jóvenes asociadas, se celebraron dos actos cada dia: el uno que comenzaba á las cinco y media de la mañana y concluia poco mas de las siete horas; y el otro que empezaba á la misma hora de la tarde, concluyendo á las siete menos cuarto.

Era de ver la puntualidad con que todas acudian por la mañanita á la iglesia del Seminario (en cuyo crucero y á los piés de un devotísimo santo Cristo y una Virgen de los Dolores se celebraban los actos), conociéndose harto que era la dulce voz de Teresa de Jesús la que

de tal suerte hacia acudir á aquellas jóvenes, por ventura no acostumbradas, muchas de ellas, á levantarse á tales horas.

Su devocion y recogimiento durante los actos, su retiro y modestia fuera de ellos, eran ciertamente para alabar á Dios y dignos de los mayores elogios, si teniendo á estos en el bajo precio que se merecen, no ambicionasen mas altas recompensas, soberano galardón que por medio de su celestial amiga Teresa de Jesús les tiene el Señor reservado.

Pero nosotros, que no para lisonjear sino para estimular á la virtud escribimos, bien podemos asegurar que santa Teresa de Jesús «ha bullido bien el negocio,» valiéndonos de una gráfica y graciosa frase suya. Si la bendita Santa nos lo dijese, ella que lo sabe bien, ¡cuántos corazones veríamos felizmente transformados á los suaves toques de la gracia! ¡Cuántas almas, débiles por ventura hasta entonces, han experimentado en su interior impetus generosos y desconocidas energías para andar por el camino de su eterna salud! ¡Y cuántas otras no han sido fuertemente sacudidas con esos saludables sacudimientos que abren al espíritu nuevos caminos de luz y de gracia! ¿Y no han visto todas esas jóvenes acabarse con disgusto esos dias de ejercicios, excesivamente pocos para su piedad, habiéndoles solo dejado vivos deseos de repetirlos en otra ocasion, con mayor holgura espiritual que en la presente?

Ni tampoco creemos equivocarnos al decir que la no escasa falange de almas escogidas, de esforzados corazones que acaudilla la valerosa y simpática Teresa de Jesús en los ejércitos del Señor, ha cobrado en esos dias notable crecimiento; y sabemos tambien que, para alegría del cielo y dicha nuestra, ninguna de esas jóvenes quiere ser de las rezagadas, antes por el contrario, como nos decia una de esas animosas hijas de Teresa, se disputan todas el honor de pertenecer á la compañía de vanguardia y seguir lo mas cerca posible á su esclarecida capitana Teresa de Jesús en la imitacion de las virtudes cristianas.

Adelante, pues, Jóvenes católicas. Vosotras podeis con pacíficas armas, esto es, con la oracion y el buen ejemplo, vencer al mundo, encastillado en los baluartes de la soberbia y sensualidad. Grandes victorias podeis reportar á la Iglesia de Cristo sin que una sola gota de sangre mancille vuestros laureles. Teresa de Jesús, la insigne virgen española camina delante de vosotras, comunicando celeste luz á vuestros espíritus, y vigor y aliento á vuestros pechos: ¿qué mas necesitais para vencer?

Mientras tanto creemos un deber nuestro el felicitaros de lo intimo de nuestras almas por el admirable espectáculo que acabais de dar á todos; hermoso á los ojos de Dios y sus Angeles; sorprendente para

el mundo, que os creia de mas livianos pensamientos é incapaces de serias reflexiones; edificante y digno de imitacion para todas las asociaciones de Jóvenes católicas; y fecundo, en fin, con la fecundidad de la oracion y del buen ejemplo para todas las almas. — A.

EL GRANDE PROFETA ELÍAS.

I.

Hubo un tiempo en que la idolatria habia llegado á ser el vicio comun del pueblo judío. El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob no recibia aquellos justos y santos sacrificios como en dias de mayor fervor; el fuego de la caridad se habia apagado en el corazon de los israelitas, y la ley de Moisés era ignominiosamente despreciada. Las sombras del vicio y del error cubrian la tierra, y el mundo estaba convertido en un abismo de desórdenes, de confusion y de delitos.

Por aquellos dias aparece sobre la antigua y sacerdotal ciudad de Thesbis, situada á la otra parte del Jordan, una luz brillante, que viene á disipar con su resplandor tan densas tinieblas, y en ella se deja entrever la gloria y el próximo consuelo de Israel. Esta luz es un varon prodigioso, á quien en su niñez, segun la tradicion, saludaron alborozados mensajeros celestiales vestidos de blanco, envolviéndole entre vivas llamas de fuego que lamian su frente y sus mejillas, y con ellas en vez de leche se humedecian sus labios, y se alimentaba su cuerpo, como dice san Epifanio.

Su nombre era el de Elias, que se interpreta *Dios fuerte*, ó *Señor Dios*, y sus padres no se hallan ni siquiera indicados en la sagrada Escritura, que nada nos dice ni de su familia, ni de su nacimiento, ni de la tribu á que pertenecia. Sabemos, sí, que era un varon verdaderamente celestial, y tal vez fuese algo mas que hombre, pues el empeño de los escritores sagrados en ocultarnos su genealogia, los estupendos prodigios que obró, y el decirse de él en el Nuevo Testamento: *Elias homo erat similis nobis passibilis* (1) nos inducen á sospecharlo así.

El Señor le suscitó de entre aquel pueblo siempre ingrato, y en dias de su mayor envilecimiento, para que fuese su inexorable fiscal, y clamase continuamente contra sus iniquidades, y le constituyó su

(1) Jac. v, 17.

grande Profeta y Padre de muchos profetas, y le hizo celador constante de su gloria y honor, vengador de sus derechos indignamente conculcados, jefe de un pueblo numerosísimo, maestro de Santos y fundador de una Orden célebre y gloriosa, la Orden Carmelitana.

Su morada era el desierto, en donde llevaba una vida mortificadísima y penitente, y obraba milagros.

Desde lo alto del Carmelo seguía los destinos de los pueblos y de los reyes, y cuando se presentaba en las ciudades era para intimar á las cortes impías las órdenes del Señor Dios que le enviaba, y para amenazarles con terribles castigos y vengar sus crímenes atroces.

Profetizaba grandes calamidades, y sus profecías todas se cumplían; sin embargo, aquel pueblo estaba ciego y permanecía en su iniquidad. Mil persecuciones se levantan contra el Profeta, y en los reales alcázares se maquina quitarle la vida.

El Señor le protege visiblemente, y le envía sus Angeles para librarle de todas las persecuciones de sus enemigos, y continúa su elevadísima misión. En la soledad con sus ejemplos é instrucciones prepara un pueblo perfecto que le habia de suceder heredando su mismo espíritu y poder. Allí, por mandato de Dios, toma por su compañero y discípulo á Eliseo, que abandona sus yuntas de bueyes con que araba la tierra, por seguirle, y con él forma una escuela de santidad y de toda perfeccion que debia extenderse á las generaciones futuras y perpetuarse hasta la consumacion de los tiempos. En el silencio del Carmelo reunianse sus hijos, á quienes enseñaba la verdadera perfeccion, haciéndoles practicar todas las virtudes y meditar dia y noche la ley santa del Señor, comunicándose dulcemente con el cielo.

Un dia, acompañado de su discípulo Eliseo, llegó hasta la orilla del Jordan, cuyas aguas, divididas por el golpe de su manto, les proporcionaron paso expedito para la otra orilla del rio. Habian andado un largo trecho en santa conversacion, cuando Elias dijo á su discípulo que pidiese cuanto quisiese, pues estaba dispuesto á concedérselo con gusto, y satisfechas sus pretensiones, se les aparece repentinamente un carro de fuego, cuyos caballos también eran de fuego. En él se subió Elías, y con un récio torbellino fué llevado por el aire á lo alto, desapareciendo de la vista de su desconsolado discípulo.

Los santos Padres afirman que Elías fué trasladado vivo al paraíso terrenal, donde lo reserva Dios para que, en compañía de Enoc, venga á predicar penitencia en los últimos dias del mundo, como lo dice san Juan en el Apocalipsis.

Entonces padecerá Elías el martirio por orden del Anticristo, que lo mandará degollar, no sin haber antes obrado muchos milagros; y resucitará, y subirá al cielo en una nube, con grande confusion de sus enemigos.

✓ Pero Elías, al ser arrebatado por los aires, quedóse trasfundiendo en la tierra su espíritu y una doble virtud y santidad en su hijo Eliseo y en sus demás hijos los habitantes del Carmelo.

En el Carmelo puso los fundamentos de la vida monástica instituyendo la religion Carmelitana, que tanta gloria ha dado á la Iglesia de Jesucristo, y que siendo como un sol de brillante resplandor ha comunicado su luz y su calor á todas las demás religiones, y ha servido de norte y guia á todos los Santos fundadores.

La Orden Carmelitana es como una concha preciosisima en donde se encuentra reunida toda la sublimidad de la vida perfecta, y es como un canal excelente por donde corren las virtudes de la vida monástica sobre todos los institutos religiosos.

Elías, con su espíritu profético, la vió simbolizada en aquella nubecilla que, levantándose del mar á lo alto, bien pronto fué una grande nube que cubrió todo el cielo, y que significaba tambien á Maria inmaculada. A la memoria de la que debia ser Madre virgen fundó Elías la Orden del Carmelo, para que fuese la religion de los hijos de Maria y el dulce objeto de su particular cariño, plantel de Santos y la gloria de la Iglesia de su divino Hijo.

Admiremos, pues, hoy, en este corto bosquejo histórico la grandeza de este ilustre Profeta, para admirar en el siguiente artículo el prodigio de aquella nubecilla del Carmelo que, por la oracion de Elías, fué el consuelo y la alegría del pueblo de Dios.

Q.

EL LIBRO DE TERESA DE JESUS.

I.

Hoy nos agrada salir al campo libre... ¿Veis como todo en él rie, todo canta, regocija y enamora todo?

La hermosa creacion levanta un himno.—¿Para quién?

¡Mirad qué limpia y azul se dilata la artesónada techumbre de los cielos! Huélgase la mirada en perderse por la inmensidad de esas diáfanas profundidades, como ligera barca en las cerúleas ondas de un mar tranquilo.—¿Quién llena toda esa inmensidad?

—Hija purisima de la aurora, la luz esparce al rededor las ricas y abundantes madejas de sus cabellos de oro, y se llenan los aires de

chispas de fuego, y donde quiera reverberan las tintas del topacio y la esmeralda.—¿Qué amorosa pupila encendió tanta claridad?

Pasad adelante, y observad el deleitable verdor de las campiñas. Las frescas y mullidas alfombras de césped, recamadas de flores, incitan nuestros piés.—¿Dónde descansa el ligero pié que las pisó primero?

¡Mirad qué pomposos y rejuvenecidos forman los árboles doseles graciosos y tejen primorosas guirnaldas, que con blando murmullo mecen los tibios ambientes de la primavera!—¿Qué sombra se ha deslizado por bajo de esos pabellones?

¿No os gusta respirar ese aire de perfumes, que todo lo hinche y compenetra todo, como sutil vapor de mirra, arrojado sin cesar por mecidos incensarios?—¿Qué divina mano depositó en el vaso de esas flores tan rico tesoro de aromas?

Y el armonioso gorjear de los pájaros en sus nidos, y los regocijados cánticos de la alondra, que cruza raudamente los aires, y todas esas notas y rumores que de las florestas, los valles y las montañas, en múltiple concierto, se levantan; ¿no llenan vuestro corazón de dulces y sabrosos sentimientos?—¿Conoceis vosotros el acento que despertó todas esas armonías?

Alguien ha pasado por ahí: las huellas de sus piés se dibujan aun sobre los céspedes; aun se percibe el hálito de su aliento; el rumor de sus vestiduras ha dejado un eco; de sus palabras ha quedado una dulce resonancia; y todo ese resplandor de virginal hermosura nos denuncia sus fulgorosas miradas.—¿Le conoceis?

Un fino amador suyo hubo de verle pasar; y, enamorado, cantóle sobre su citara unas dulcísimas endechas. Oid cantar á Juan de la Cruz:

Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando
Con solo su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

II.

¡Ah! ¡quién como Teresa de Jesús poseyese el finísimo sentir, y quién fuese dotado de la maravillosa intuición de su alma de poeta, para sorprender los pasos del Señor en las bellezas de la Creación!

La límpida claridad de los aires, la pura transparencia de las corrientes aguas, la hermosura de los campos, la amenidad de los huertos, las flores, las manzanas, las fuentececas que siempre manan... to-

dos esos bellos accidentes de la naturaleza hablaban al alma de Teresa de Jesús un lenguaje divino que en vano trataríamos nosotros de descifrar.

Sus hermosas páginas, sin embargo, nos dicen con harta claridad cuán altamente poseía su alma el sentimiento de lo bello, aquilatado y espiritualizado, digámoslo así, por los esplendores y encendimientos de su caridad.

Su corazón amaba, amaba con los inenarrables delirios de un alma castísima y ardorosa, que se abandona confiada á todas sus ternuras en el regazo divino de su Esposo inmortal.

Si todo parece sonreír y vestirse de resplandor, aun para los corazones vulgares que aman, contemplando todos los objetos, como á través de la tornasolada nube de su amor, que lo embellece todo; ¿quién podrá imaginar la infinidad de ocultos atractivos y encantos misteriosos, que á las miradas de Teresa de Jesús derramaría sobre todas las cosas un amor como el suyo?

Y siendo todas las cosas, no matizadas solamente por la dulce ilusión de su corazón, sino verdaderamente tocadas por los dedos de luz de su Amado, y alumbradas con los divinos esplendores de su divino Amor, ¿cuáles serían los transportes de su alma enamorada, al mirar por donde quiera las refulgentes huellas de su amadísimo Dios y Señor, á quien ella, fuera de sí, llama *su amor y deleite suyo*?

En los hermosos accidentes de la naturaleza, — ella misma lo dice, — «en estas cosas hallaba yo memoria del Criador; digo, que me despertaban y recogían, y servían de libro...» ¡Quién, ó Dios mío, supiese leerlo como ella!

«Aprovechábame á mi también (dice la Santa) ver campos, agua, flores...» ¿Y cómo no le habían de aprovechar todas esas tiernísimas finezas con que su Amador la obsequiaba?

¡Oh, sí! (decía Teresa de Jesús, cogiendo una flor de aromoso cáliz y matizada corola); esta flor no es otra cosa que la amorosa sonrisa que el Amado de mi corazón me envía... Desde la eternidad pensabas ya obsequiarme con esta florecilla, que tanto me habla de ti, ¡oh vida mía, amor y deleite mío!

Si hablando con sus hijas les dice, que no quiere que sus conventos sean tan espaciosos y grandes que manifiesten mundanal riqueza, no se olvida, sin embargo, de decirles que en ellos haya campo ó huerta, donde les encarga vayan á tomar recreación y esparcimiento en las horas determinadas.

Cuánto aprovecharían á ella misma sus paseos por la huerta de su convento, claramente lo dice el habersele allí aparecido el buen Jesús en forma de tierno y hermoso niño, cuando le dijo que era «Jesús

de Teresa,» y cuando en otra ocasion le cogieron inexplicables paraismos de amor al oír los versos de una gran amiga suya, que con la Santa estabase en la huerta deleitando.

Si escribe á su hermano aquellas cartas, modelos de cariñosa afectuosidad y saludables consejos, asi como lo son del buen decir; no se olvida de decirle, tan amable siempre, con sus gustos sencillos y poéticos, que tiene «una celdilla muy linda que cae al huerto una ventana, y muy apartada.»

¡Dichosa ventana y dichoso huerto, inmortalizados por la pluma de Teresa!

Toda nuestra vida nos acordaremos con delicia de una de aquellas galantes y donosísimas cartas que ella solia escribir á D. Francisco de Salcedo, á quien ella llamaba el caballero santo. Recuérdale allí con infinita gracia, que puede darle á ella «rábanos y lechugas, que tiene huerto y que es mozo para traer manzanas,» por ventura evocando con estas líneas en el alma de tan santo amigo, quién sabe si los deleitosos recuerdos de horas inolvidables, tan dulcemente pasadas para los corazones amigos, que como si se abrieran mas libremente en la tranquila libertad de los campos.

En el libro de los *Conceptos del amor de Dios* comenta la Santa algunas palabras de la Esposa de los Cantares. ¿Y quién mejor que Teresa de Jesús, verdadera esposa del místico Amado, quién mejor que ella sabria entender y hablar aquel lenguaje divinamente amoroso?

¡Y qué dulces secretos sabe arrancar á las flores, á las manzanas y al árbol que las produce! Como quiera que de su amadísimo Señor le hablasen siempre con altos acentos, otra cosa no acertaba á pensar ni hablar á su vista, que de las finezas de su amado Bien.

Habla de la adorable Cruz, y dice que «baja sus ramas este divino Manzano para que coja el alma las manzanas, considerando sus grandezas y las muchedumbres de sus misericordias que ha usado con ella, y que vea, y goce del fruto que sacó Jesucristo nuestro Señor de su Pasion.»

Dice la Santa que las obras hechas en servicio de Nuestro Señor «son admirables y olorosas flores, porque proceden deste árbol de amor de Dios, y se hacen por solo él, sin ningun interés propio, y extiéndose el olor destas flores, para aprovechar á muchos, y es olor que dura, y no pasa presto, sino que hace gran operacion.»

¡Pluguiera al cielo que el campo de nuestro corazón brotase abundancia de estas flores para recreacion y deleite de nuestro divino hortelano Jesús, como diria Teresa!

Ella nos alcance de su Amado, el celestial horticultor, abundantes rocíos de gracia que hagan germinar y crecer estas flores. — J. A.

(Se continuará).

CÁNTICO MÍSTICO DEL ALMA.

En una noche oscura
Con ansias en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!
Sali sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.

A oscuras y segura,
Por la secreta escala, disfrazada,
¡Oh dichosa ventura!
A oscuras, encelada
Estando ya mi casa sosegada.

En la noche dichosa,
En secreto, que nadie me veía,
Ni yo miraba cosa,
Sin otra luz ni guía,
Sino en la que en el corazón ardía,
Pues esta me guiaba

Mas cierto que la luz del mediodía,
A donde me esperaba
Quien yo bien me sabía,
En parte donde nadie parecía.

¡Oh noche, que guiaste,
Oh noche amable más que el alborada,
Oh noche que juntaste
Amado con Amada,
Amada en el Amado transformada!

En mi pecho florido,
Que entero para él solo se guardaba,
Allí quedó dormido,
Yo le regalaba,
Y el ventable de cedros aire daba.

El aire del almena,
Ya cuando sus cabellos esparcía,
Con su mano serena
En mi cuello hería,
Y todos mis sentidos suspendía.

Quedéme y olvidéme,
El rostro recliné sobre el Amado,
Cesó todo, y dejéme,
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado.

DICHO QUE LA VENERABLE MADRE ANA DE JESÚS

DIJO POR LA BEATIFICACION Y CANONIZACION DE NUESTRA SANTA MADRE
TERESA DE JESÚS (1).

A la primera pregunta, digo que conocí á nuestra Madre Teresa de Jesús, por ocasion de haber desde mi niñez, que deseaba mucho hallar religion de mujeres donde se viviese con tanta aspereza y religion como en estos monasterios se vive, y sabiendo estos mis deseos un Padre de la Compañia de Jesús, que me habia confesado siete años, y procurando informarse de algunos monasterios á petición mia para ver si en ellos procedian con la Orden que yo buscaba, halló en Toledo á la Madre Teresa de Jesús, y escribióme este Padre: «Aquí he hallado una mujer santa, que con autoridad apostólica funda monasterios con la religion que vos deseais; es natural de Ávila, y llamábase D.^a Teresa de Ahumada, y su *Regla y Constituciones* son de esta manera» (diciendo lo esencial de ellas).—A mí me satisfizo tanto que luego escribí á este Padre, que se llamaba P. Pedro Rodriguez, que diese cuenta á la santa Madre de mis deseos, y de la causa para que hasta entonces no habia de cumplirlos, porque yo hasta saber lo que á la Santa le parecia, y á dónde, y cómo, no le escribia: él la mostró mi carta, y al punto me recibió y escribióme diciendo que de tres ó cuatro casas que entonces tenia fundadas me viniese á la que quisiese, aunque á ella le daria mas gusto me viniese á tomar el hábito á la de Ávila, por ser la primera que habia fundado, y ser ella de allí priora entonces, que aunque andaba por allá fundando, se habia de venir luego allí á Ávila, donde tomé el hábito y traté á la Madre Teresa de Jesús, y supe era de allí natural, y que su padre se llamaba Alonso Sanchez de Cepeda, y su madre D.^a Beatriz de Ahumada, y conocí algunos deudos suyos muy honrados y principales, y en religion y fuera de ella, muy cristianos y de notable virtud: há mas de veinte y seis años que los conozco, y he tratado algunos en particular, y á la Madre Teresa de Jesús traté con tanta familiaridad que de vista, y por escrito de su propia letra supe casi todas sus cosas, las cuales están declaradas en sus libros, que á ellos me remito en lo general.

(1) En la copia de este dicho que nos manda desde Bruselas una hija ilustre de Teresa de Jesús, se guardan las expresiones de la bendita María Ana de Jesús, mas no su ortografía. El original se conserva en Roma.

0291 A la segunda pregunta, digo que en todas sus acciones y modo de proceder me pareció la mujer mas santa y de mayor espíritu que he visto en la tierra, y que *por medio de su oracion* alcanzó muchas cosas de Nuestro Señor, y fué causa de que muchos sirviesen á su divina Majestad, y á ellos mismos oí decir: «No sabemos qué se tiene esta Madre fundadora, que en hablándola quedamos otros, y tan mudados en cosas que no nos conocemos;» y pidiéndola yo algunas veces rogase á Dios algunas cosas, me respondia: «¿Piensa que conviene siempre lo que nos parece? yo creo que en ese negocio hará Dios diferente de lo que se le pide.» Y así se via despues que Dios la habia dado luz particular de lo que convenia en la salud y vida de algunas personas, porque sucedia lo mismo que ella al principio que la pediamos lo rogase á Dios, habia dicho, aunque siempre hablaba con gran recato y secreto en semejantes cosas, que las que se entendian de estas, era por algunas palabras que acaso decia, para que se pidiese mas de veras á Dios lo que al bien de las mismas necesidades que se le encomendaban convenia. En la fundacion de esta casa de Salamanca (1), entre las muchas ocasiones que hubo para ver lo que la Madre podia con Dios, y alcanzaba con su oracion, se ofreció una bien notable, y fué que habiéndonos mudado á una casa de Pedro de la Vanda, por el mes de setiembre, vispera de san Miguel, y teniendo publicado que se habia de poner el santísimo Sacramento el dia de este Arcángel, y echado el sermon uno de los mas famosos predicadores que aquí habia, que era el P. Estella, por lo cual entendiamos se juntaria la mayor parte de la ciudad á nuestra solemnidad, era tanto lo que llovia y lo que se mojaba la misma capilla en que se habia de poner el santísimo Sacramento, que estaba acabada de hacer sin tejas, que de ninguna arte parecia poder entrar en ella, ni aderezar tres altares que se habia de componer aquella noche, siendo ya muy tarde, mas de las ocho. Estaba la madre con dos sacerdotes, que eran el P. Julian de Ávila y el licenciado Nieto, capellan de nuestras monjas de Alba, y otros oficiales, que estaban en la iglesia mirando qué remedio podria aquello tener; y nosotras deseando poder aderezar la iglesia no sabiamos qué nos hacer, y así yo entré con otras dos hermanas donde la Madre estaba, y dije con mucha determinacion: «Viendo V. R. la hora que es y que mañana ha de amanecer aquí tanta gente, ¿no pedirá á Dios que cese de llover, y nos dé lugar para componer estos altares?» La Madre como me lo vió decir así récio, vino á mi diciendo: «Pidaselo ella, si tan presto la parece lo ha de hacer porque yo se lo diga.» Y al punto me fui de allí como vi que mostraba disgusto, y antes que acabase de llegar á un patio, que estaba junto, alcé los ojos y vi el cielo estrella-

(1) 29 de setiembre de 1570.

do, y tan sereno, que parecia habia mucho no llovia, y así volví luego diciendo delante de todos los que habia dicho lo primero: «Antes pudiera V. R. haber pedido esto á Dios, váyanse todos, y déjennos aderezar la iglesia.» Ella se fué riendo y se encerró en su celda, nosotras aderezamos nuestra iglesia sin estorbo alguno de agua, ni aun de la que habia caido en ella; y así se celebró la solemnidad con un dia muy claro que amaneció, que admiró á muchas personas que habian reparado en lo que en la vispera habia llovido.

Yendo á fundar el convento de Veas, veinte y dos años há, y aun mas, ya que llegábamos á la postrera jornada, en Sierra-Morena, perdieron los carreteros el camino, de manera que no sabian por dónde iban, y nuestra Madre Teresa de Jesús comenzónos á mandar á ocho monjas, que con ella íbamos, pidiésemos á Dios y á nuestro Padre san José nos encaminase, porque decian los carreteros íbamos perdidos, y que no hallaban remedio de salir de unos riscos altísimos por donde íbamos, y al tiempo que la Santa nos mandó lo dicho, comenzó desde una hondura muy honda que con harta dificultad se veia desde lo alto de aquellos riscos en que estábamos, á dar grandes voces, un hombre que en la voz parecia anciano, diciendo: «¡Teneos, teneos, que vais perdidos, y os despeñaréis si pasais de ahí!» A estas voces paramos, y los sacerdotes y personas seglares que iban con nosotras comenzaron á escuchar y á preguntar: «Padre, ¿pues qué remedio tendremos para remediarnos, y salir del estrecho en que estamos?» El les respondió que echasen hácia una parte que vimos todos que milagrosamente habian podido atravesar por allí los carros, y como se vió este milagro tan notable, quisieron algunos ir á buscar al que nos habia avisado, y mientras ellos estaban allá, dijonos la Madre con mucha devocion y lágrimas: «No sé para qué los dejamos ir, que era mi Padre san José, y no le han de hallar.» Y así fué que volvieron diciendo no habian podido hallar rastro dél, aunque habian llegado á la hondura de donde sonó la voz. Desde este punto fué tanta la ligereza y consuelo con que caminamos, que los mismos carreteros decian, y aun algunas veces con juramento, que aquellas mulas no andaban, sino que volaban, y que si un paso mas dieran de donde las detuvieron nos hiciéramos pedazos, y esta ligereza de las mulas fué de manera que habiendo aquel dia sacado del pueblo de donde salimos bestias y hombres para pasar el rio de Guadalimar fuera de los carros, en llegando á él nos hallamos á la otra parte sin haber tenido lugar de salir de los carros, ni podernos menear, y así se espantaron los mas principales del pueblo de Veas que nos salieron á recibir, de ver la gran jornada que aquel dia se habia podido andar, y les fué ocasion de tomar mas devocion con la Madre y su Religion.

Esto y otras cosas muy notables, que en esta entrada vieron que hacia Dios por la Madre Teresa de Jesús, que yo por saber que en el libro de las *Fundaciones* y en otras ocasiones están dichas, y no me acordar enteramente de algunas, no las digo aquí, ni muchas que fueran mas importantes, para declarar la eficacia de su oracion y buen espíritu.

(Se continuará).

Historial de las gestiones hechas en los primeros dias de octubre de 1873 por D. Carmelo Saavedra, para probar la verdadera existencia de las espinas que rodean el corazon transverberado de santa Teresa de Jesús, dirigido al excelentísimo é ilustrisimo señor Obispo de Salamanca.

(Continuacion).

Las cosas en tal estado y encontrándome yo en San Mauricio (Seine et Oise, Francia) fui advertido el 30 de julio de que públicamente se ponía en duda en Inglaterra la verdadera existencia de las prodigiosas espinas. Incontinenti formé el proyecto de pasar yo mismo á Londres á esclarecer la verdad del suceso, y sin pérdida de tiempo pedí desde París á V. E. I. su opinion y una carta que me sirviera de presentacion al Rmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Westmister. La respuesta de V. E. I. y la carta que humildemente le pedí llegaron á mis manos á mediados de agosto, y con ellas V. E. I. me enviaba su santa bendicion, garantia de mi mision y fundada esperanza del feliz resultado que la coronó. Aunque á su tiempo tuve el honor de acusar el recibo á V. E. I. y de darle las gracias, las repito de nuevo, pues es para mi una verdadera satisfaccion expresar mi agradecimiento al ilustre y venerable Prelado que, sin mérito de mi parte, me ha colmado siempre de bondades y manifestado su sincero y paternal afecto.

Circunstancias imprevistas me detuvieron en París, no pudiendo verificar mi viaje á Inglaterra hasta los primeros dias de setiembre.

La irregularidad con que, á causa de la guerra civil, marchan los correos por el Norte de España, me privó momentáneamente de recursos, haciéndose de dia en dia mas precaria mi situacion. Jesús de Teresa todo lo ve, é inclina siempre su oido á un corazon atribulado. El 26 de agosto, primeras visperas de la Transverberacion, recibí una carta con el timbre de Arcachon, que contenia un billete de 500 francos acompañado de media cuartilla de papel, en la que solo estaba es-

crita esta palabra: *Providence*. El generoso donador usó con gracia de esa expresion, que tan acertadamente traza la accion del bondadoso Corazon de Jesús, y al señalar á V. E. I. este hecho, no poco significativo en favor de mi mision, envio desde Inglaterra al oculto instrumento de la Providencia la expresion sincera de mi eterno renacimiento.

La época en la que me propuse hacer mis gestiones habia pasado, pues habia deseado patentizar la verdad antes de la fiesta de la Transverberacion; empero otra se presentaba mas solemne aun: la del 15 de octubre, en que la Orden del Cármen y el universo católico celebran la de la insigne y seráfica Doctora mistica, santa Teresa de Jesús. Entre tanto acepté gustoso la generosa hospitalidad que en su casa presbiterial de Plymouth me ofreció S. E. monseñor de Sussex, camarero secreto de Su Santidad y canónigo del Orden de Obispos de la archibasilica de Nuestra Señora de Loreto.

Poniendo toda mi confianza en Jesús de Teresa, en las fervientes oraciones de V. E. I. y de muchos Carmelitas, pasé á Londres el 4 de octubre.

Cuando supe quiénes eran las personas con que tenia que tratar el asunto, me pareció ser arduo para una persona tan humilde y ruin. Conociendo V. E. I. á lady Herbert de Lea, y al señor canónigo Dalton, excusado creo hacer otra cosa que nombrarlos.

El dia 6 de octubre tuve el honor de ser recibido por el reverendísimo é Ilmo. Sr. Arzobispo de Westmister, y presentarle en pliego cerrado la carta de V. E. I. que Mons. Manning leyó con visible interés, examinando detenidamente la grande fotografía que tuve el gusto de ofrecerle. S. I. me manifestó la satisfaccion que tendria de ocuparse por sí mismo del asunto, mas no podria hacerlo sin dejar desatendidas las innumerables y complicadas atenciones que cada dia se acumulan sobre su pesado é importante cargo; pero qué lo pondria en manos competentes, entre la de los RR. Padres Carmelitas de su villa Archiepiscopal, para todo lo que pudiese tener relacion con su autoridad.

Mi primera visita en Londres habia sido naturalmente para los hijos de santa Teresa, teniendo el consuelo de encontrar de Prior á nuestro jóven compatriota el R. Padre Ligorio de los Sagrados Corazones. SS. RR. conocian ya, pues, el objeto de mi viaje y habian examinado los documentos que obraban en mi poder.

No me es permitido dudar que era Jesús de Teresa el que desde el solio de su gloria dirigia el asunto de la honra de su fidelísima y virginal Esposa en cumplimiento de aquella palabra que la dijo un dia: *Tu honra es mia, y la mia tuya.*

El siguiente día 7 de octubre, me presenté en casa de la noble señora lady Herbert de Lea, recibíendome con la atención y gracia que caracteriza la noble aristocracia inglesa. Impuse á lady Herbert del objeto de mi visita; ella me dijo que habiendo visto detenidamente el seráfico Corazon cuando estuvo en el monasterio de Alba de Tormes, no habia observado las espinas cuya existencia le afirmaba, y si solo la Transverberacion, que la *absorbía*; además, que ella nada habia dicho en los papeles, y solo interrogada en carta por el señor canónigo Dalton, le respondió lo que queda dicho en la carta firmada *Sacerdos*, y concluyó expresando no podia decir otra cosa sino que no las habia visto.

Crei llegado el momento decisivo, y presentándole una fotografia-album con la auténtica al dorso, dije: «¿Y bien, Señora, reconocé V. el santo Corazon y el precioso relicario? ¿Ve V. ahora las espinas?» Lady Herbert aceptó la fotografia y dijo con viveza: «¡Oh! Si, si, es perfectamente el mismo... la Transverberacion... todo idéntico.» Y continuó examinándola silenciosamente. En fin la dije: «¿Ve V. las espinas?» «No, no veo tales espinas, á no ser que sean estas,» y me señalaba los rayos dorados que sobremontan y adornan el santo Corazon perdiéndose detrás de las cabezas de los angelitos. «No, señora, están debajo del santo Corazon...» «Debajo... debajo... nada veo.» Y cogiendo un lapiz fino que busca en su elegante escritorio, me lo presenta rogándome se las muestre.

Cuando la punta del lapiz le marcó las espinas, fué visible su sorpresa, exclamando: «¡Ya las veo...! Comprendo, yo las buscaba en el Corazon, sin que pudiese distinguir nada de nuevo.»

Fácil es disculpar este error, pues que vulgarmente se dice, como lo atestan las cartas transcritas, las espinas que *salen* ó que se ven en el Corazon de santa Teresa cuando ellas parecen salir de las escrescencias que se desprenden de la insigne Reliquia y se depositan en el fondo del vaso de cristal que la encierra tocando el vértice del santo Corazon. Las espinas, como clara y terminantemente lo dice V. E. I. en su auténtica, *notanse en torno del santo Corazon*, y no, ni salen ni se ven en el santo Corazon.

Una vez convencida la referida Señora, le mostré la carta de V. E. I. al Ilmo. Sr. Arzobispo y que este para dar mas fuerza á mis gestiones ó tal vez para que si necesario fuese obrara como documento, entregó al R. P. Sebastian, carmelita. Grande placer experimentó lady Herbert con su lectura, contándome entoneés todas las bondades con que la colmó V. E. I. durante su estancia en Salamanca.

Quise llevar hasta el cabo mi mision y enseñarla las piezas justificativas. La señora no consintió, diciendo delicadamente que le bastaba

y sobraba, para creer, lo que en la auténtica y carta habia leido bajo la firma del Iltre. Obispo de Salamanca, y despues de hacerme los elogios mas pomposos del Rdo. canónigo señor Dalton, dijo ser *él* quien habia escrito instándome mucho ó que le enviase á Norwich todos los documentos, segura de antemano de la satisfaccion que experimentaria por ser un amante apasionado de santa Teresa, con lo cual quedó terminada la interesante visita y obtenido el primer triunfo al honor de nuestra seráfica Doctora y Madre.

En vista de este resultado tuve una conferencia en la tarde del mismo dia con el R. P. Prior de Carmelitas y el P. Sebastian, conviniendo en que iria yo mismo á Norwich á pesar de la grande distancia que separa dicha ciudad de la capital del Reino-Unido, lo que efectué por el primer tren del siguiente dia 8 de octubre.

(Se concluirá).

REVISTA EXTRANJERA.

Roma. Sucédense sin interrupcion las recepciones en la prision apostólica. En cada una de ellas hay notables protestas de amor y de fidelidad; en cada una el Santo Padre manifiesta altamente su opinion sobre lo que pasa en Roma, y condena la violencia de que es objeto su pobre pueblo. Las palabras de Pio IX tienen la virtud de despertar á los que duermen, de confortar á los pusilánimes y conservar las buenas tradiciones de aquella poblacion eminentemente cristiana.

— La fiesta del sexto centenario de santo Tomás de Aquino se ha celebrado en varias ciudades de Italia con inusitada pompa.

En Aquino, el ilustrisimo señor Obispo puso la primera piedra para la nueva iglesia que se va á construir allí en honor del Santo.

En Nápoles, en la iglesia de Santo Domingo la Mayor, en donde se venera el Crucifijo pintado al óleo que segun la tradicion dijo á santo Tomás aquellas conocidas palabras: *Bene scripsisti de me Thoma*, y en la iglesia de San Pedro Mártir, se hicieron magnificas fiestas.

En la magnifica iglesia de la Minerva de los Padres Predicadores se celebró un solemne Triduo los dias 5, 6 y 7. En este dia la concurrencia fué continua y numerosisima, no tan solo durante los divinos oficios, sino hasta una hora muy adelantada de la noche. Celebró la misa de pontifical el Ilmo. y Rmo. Sr. José Angelini, arzobispo de Corinto y vicegerente de Roma, y en el altar mayor, circuido de una hermosa guirnalda de azucenas, se destacaban el magnifico relicario conteniendo una insigne reliquia del santo Doctor, esto es, un hueso entero del antebrazo, re-

galo que acaba de hacer Su Santidad á los Padres Dominicos, en la solemnidad del sexto centenario.

— En una de las públicas audiencias que concede Pío IX fué admitida una familia católica de Roma. El Papa, viendo al lado de la madre á un niño de unos seis años, le dijo con cariño: Ven, querido niño mio: ¿cómo te llamas? El niño que temblaba con emoción, acercándose al Papa, pronto se reanimó poco á poco con las afectuosas palabras de Su Santidad, y le dijo su nombre. Uno de sus parientes añadió: Beatísimo Padre, su abuelo era M. E., profesor en la universidad romana de la *Sapienza*, muerto muchos años há en el servicio de vuestra Santidad. Pío IX estuvo un rato recordando ideas y luego dijo al niño: ¡Ah! sí, sí, ya me acuerdo; tu abuelo era muy adicto á la Iglesia: si tú caminas sobre sus pisadas, te granjearás el aprecio de las personas honradas y Dios te bendecirá. Di: ¿sabes hacer la señal de la cruz? El niño hizo inmediatamente la señal de la cruz, pronuciando con voz clara las palabras que la acompañan.

Muy bien, dijo el Santo Padre, cuantas veces el demonio te tentare, haz la señal de la cruz y pronto lo ahuyentarás.

Prometo hacerlo, contestó resuelto el niño.

— La *Voce della Verità* ruega á los demás periódicos católicos la reproducción de la siguiente nota:

«Desde hace un año recorre, así Italia como otros países, con objeto de recaudar fondos para el rescate de niños negros, un supuesto misionero del África central, hombre de cuarenta años, natural de Verona, y que viste unas veces de sacerdote y otras de religioso de la Orden de Mínimos observantes. Hacemos público que dicho sujeto no lleva certificado eclesiástico auténtico, y que nadie le ha encargado dicha comision.»

Austria. En el Parlamento austriaco están discutiéndose las leyes llamadas confesionales, que son una opresion solapada del Catolicismo. El abate Greuter, diputado por el Tirol, combatió el proyecto de ley y concluyó con las siguientes palabras: «No os hagais ilusiones: os lo declaro aqui franca y solemnemente, que nosotros tiroleseos nunca, nunca reconoceremos semejante ley (grande agitacion), suceda lo que sucediere. Tenedlo entendido: si nuestra ruina está decretada, morirémos como católicos, pero salvaremos el honor del país.»

Estas palabras produjeron una fuerte impresion.

Francia. Un gran número de oficiales del ejército francés de mar y tierra han sometido al parecer del Arzobispo de Paris el proyecto de reunir y conservar en los archivos de la iglesia que va á levantarse y consagrarse al sagrado Corazon de Jesús una lista especial que contenga los nombres de todos los miembros católicos del ejército que quisieren enviar su ofrenda para la construccion de dicha iglesia, destinando dicha cantidad para el adorno de una capilla ó para la ereccion de un altar.

GRACIAS

que se piden á santa Teresa de Jesús, y se recomiendan á las oraciones de sus devotos.

La paz de nuestra pobre España.—La libertad de Pio IX.—La perseverancia en sus generosos propósitos para las Jóvenes católicas.—La conversion y cristiana muerte de tres personas.—Una fundacion religiosa.—La obra de los Misioneros de Pio IX.—Dos vocaciones contrariadas.—La beatificacion de la venerable Ana de Jesús, compañera de santa Teresa de Jesús.—La extension de la devocion mas favorita al Corazon de Jesús.—Celo para los devotos teresianos.—El sacerdocio católico.—Salud para un enfermo.—Varias gracias pedidas y no alcanzadas.—Una comunidad religiosa.

Damos con gusto cabida en las páginas de nuestra *Revista* al sentido artículo que un jóven admirador del inmortal Pio IX nos remite para recordar á los españoles uno de sus mas sagrados deberes, esto es, el socorrer á un Padre cautivo y pobre que gime en la afliccion.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE CAUTIVO Y POBRE.

I.

Hojeando la *Revista de santa Teresa de Jesús* hemos visto en sus columnas abierta una suscripcion, cuyo objeto está manifestado en las palabras que la encabezan.

Hecho por nosotros el propósito de escribir unas lineas, nos ha parecido bien titularlas con las mismas palabras que explican cumplidamente los fines levantados de aquella suscripcion. No sin motivo hacemos eso, porque pensamos ocuparnos del mismo asunto en la ocasion presente.

II.

¡La España de santa Teresa de Jesús socorriendo al romano Pontífice cautivo y pobre!... ¡Qué frase tan elocuente! ¡qué deprecacion tan sentida!

Aciagos son los tiempos; las circunstancias exigen los esfuerzos in-

dividuales para el sosten material del Papado. ¡Cuánto dolor y cuánta vergüenza !

Echemos una mirada á dias pasados, no lejanos, y despues comprenderémos la razón y la justicia de los *socorros* al Rey de la Cristiandad.

III.

Era un dia triste, muy triste: era un dia fatal; ¡horrible dia!... La ciudad santa, la ciudad de los cristianos, residencia por siglos de la cabeza de la Iglesia católica; la vetusta Roma, centro del paganismo y por voluntad divina Sede de Pedro y de sus sucesores; esa patria comun de los fieles de todos los países, esa arca santa de las venerandas tradiciones, de los gloriosos hechos del Papado; esa ciudad era un dia sitiada y asaltada y brutalmente dominada por legiones de soldados de la impiedad, que en el desdichado Rey del Piamonte encontrara auxiliar poderosísimo y audaz.

Hé aqui el origen, hé aqui la causa y el motivo de la cautividad que el Pontifice romano, que el bondadoso y sábio Pio IX viene sufriendo con harta amargura de su corazon.

La historia no registra en sus anales un hecho semejante al hecho vergonzoso que acabamos de recordar. Si bien se mira, los caracteres especiales que ese reviste, dan claro indicio y testimonio innegable de la época en que vivimos. Hubo un tiempo de cisma; hubo un tiempo de cautividad de *Babilonia* (1); hubo un tiempo de destierro, en el cual la ciudad de Roma se encontró huérfana de su Pastor; pero en ninguna ocasion, en tiempo alguno presenciaron los humanos el cautiverio del Papa dentro de los sagrados muros de la ciudad eterna. Si lo hubiesen presenciado, es seguro que no lo habrian permitido.

Mas en otros dias no pudo ello ser porque la sociedad no iba cubierta, como va la de hoy, con ese manto de fariseismo hipócrita, y con esa capa de *sarcástica* legalidad, de *irrisoria* justicia y de *falsa* conveniencia.

Hoy pudo ser la irritante clausura de Pio IX, porque muchas gentes se apellidan *católicas* y rechazan lo que se ha dado en llamar *el poder temporal del Papa*; hoy pudo ser, además, porque es tristísimo el estado de las naciones, que hace de todo punto imposible una Cruzada.

El Rey de Roma está preso dentro de su misma ciudad, dentro la ciudad de los cristianos: esta es la verdad desnuda, esta es la terrible verdad.

(1) Así llamaban los romanos al período en que la Sede pontificia residia en Aviñon.

IV.

Siendo esto así, la *pobreza* del Papado es la consecuencia lógica y natural de su tristísima situación. Sin Estados el Papa carece de rentas, carece de recursos propios; ni aun es suya la morada que habita. El capricho de un déspota puede mañana arrojarle de ella.

Todas estas cosas debieron recordar los buenos católicos que desde la *Revista Teresiana* suplican á todos los fieles que socorran al Vicario de Jesucristo en la tierra. Deber de todos es acudir á su llamamiento, dando gustosos nuestro óbolo para ayudar á la vida material de esa institucion inmortal. ¡Quiera Dios se vean colmados los deseos de los beneméritos varones que iniciaron la suscripcion!

Solo nos resta ya levantar nuestra humilde voz para decir:

El representante de Jesucristo en la tierra está cautivo y está pobre... ¡Una limosna para el ilustre preso del Vaticano!

Suma anterior. Rs. 1,958'60

Gracia.—Santa Teresa de Jesús, protegida al Sumo Pontífice. 12

Toledo.—Hermenegildo Martínez, por Pio IX, cautivo y pobre. 1

Una hija de María. 1

Jerez de la Frontera.—Un entusiasta admirador de la Doctora española. 2

Suma. Rs. 1,974'60

(*Sigue abierta la suscripcion.*)